

que ya no había de ser permitido en lo sucesivo ignorar ó relegar á segundo término. El día 26 de junio de 1862, con motivo de discutirse el presupuesto de guerra, comenzó el primer gran debate sobre la cuestión mexicana, grande por la importancia del asunto y por la categoría de los oradores que en él intervinieron. Todo cuanto podía decirse contra la expedición, dijo Julio Favre en su lenguaje elegante y amargo, con aquel arte consumado que sucesivamente despertaba la cólera y la emoción, con aquella perfidia de alusiones que nada omitía y que, por añadidura, aparentaba dejar en la sombra toda clase de cosas imposibles de revelar. Con frase de calculada moderación, hizo la crítica general de la empresa y señaló todos los inconvenientes del convenio de Londres, y después, graduando sus atrevimientos, ocupóse con fingido temor, pero en realidad de un modo verdaderamente temerario, de los móviles secretos que comenzaban á inquietar á la opinión pública, y con acento escandalizado habló de las calumnias que se propalaban en el extranjero: «¿No ha dicho acaso el *Times* que los *bonos Jecker* habían sido adquiridos por una sociedad á cuyo frente se encuentran hombres conocidos? El rumor no entra en Francia, pero circula libremente por Europa.» Después de haberse expresado en estos términos, guardóse Julio Favre de decir nada más, porque su boca era menos cruel por lo que decía que por lo que parecía callar. Reinaba en la Cámara gran agitación, pero interrumpida de repente por largos silencios, como si la curiosidad pudiera más que todo. Presidía el Sr. de Morny con el desembarazado porte que le era habitual, algo más imparcial que de costumbre y conteniendo con el gesto los murmullos de sus amigos demasiado celosos.

Hallábase encargado de exponer el pensamiento imperial el Sr. Billault, que estaba entonces en el apogeo de su celebridad, pues había tenido la suerte de que, después de permanecer mucho tiempo en un rango discutido, había logrado al final de su vida elevarse hasta el punto de no haber sido nunca tan grande como en víspera de su muerte. Con lenguaje enérgico, dúctil y brillante hizo la historia de la expedición, agrupó con mucho arte el conjunto de nuestros agravios, censuró con legítima indignación los procedimientos de Juárez, y disimulando todo lo que la ejecución del plan había tenido de mezquino, incoherente ó incompleto, puso de manifiesto la grandiosidad real de los propósitos del emperador. Hablando de nuestros aliados expresó con circunspección al ocuparse de Inglaterra, que jamás había variado, y con amargura al referirse á España, á la que se acusaba de abandono. La conducta del general Prim sobre todo excitó su imaginación y se complació en leer y comparar sus despachos con desdenosa burla, rayana en desprecio. Respecto de los *bonos Jecker*, la curiosidad quedó muy poco satisfecha, pues la sola respuesta que dió á todo cuanto acerca de ellos se había dicho, fué la lectura de los despachos del Sr. Thouvenel, despachos muy vagos, conocidos ya por el *Libro amarillo* y que nada explicaban de lo que se deseaba saber. Cuando todos esperaban que se explanaría ante la Cámara todo el programa de la expedición, el señor Billault abrevió su discurso procurando cuidadosamente no comprometer el porvenir, hablando sólo incidentalmente de la monarquía y del archiduque Maximilia-

no y limitándose á rejuvenecer con arte brillante el tema ya un poco gastado de la regeneración de México.

Al bajar de la tribuna fué el ministro saludado con aplausos que en aquel entonces se prodigaban á los oradores oficiales y que su gran talento habría arrancado á sus mismos adversarios; pero cualquier observador atento habría podido sorprender un síntoma significativo: cierto que el Sr. Billault había sido aclamado; mas también habíase escuchado no sólo con tolerancia, sino con satisfacción á Julio Favre, que de todos los oradores de la oposición era el más antipático á la mayoría. Por este síntoma se habría podido adivinar las disposiciones de un gran número de diputados, quienes veían con cierta inquietud aquella gran empresa á espaldas cuyas acometidas, se asustaban del excesivo gasto que reportaría, juzgaban peligroso que, dado el estado de Europa, se diseminasen por todos lados nuestras fuerzas, y repitiendo en voz baja lo que en alta voz decía el Sr. de Pierres, enumeraban alarmados todas las nacionalidades que nos proponíamos regenerar. Además, siendo casi todos de intachable probidad, indignábanles, aun sin tener perfecto conocimiento de la verdad, las especulaciones que parecían ajenas á la empresa. Estos sentimientos, apenas perceptibles en aquel entonces, se acentuarán de año en año, y si bien se continuará aplaudiendo á los ministros, se prestará cada vez más oídos á los discursos de la oposición, y esta atención, que á veces tomará cierto carácter de favor, será la lección, muy discreta y muy tímida todavía, que al palacio de las Tullerías dará el Palacio Borbón.

El emperador era bastante perspicaz para comprender estas vacilaciones y estos temores, y aunque no pensaba ni remotamente en restringir ó poner término á la empresa, porque aún estaba sometido, y en un grado lamentable, á la influencia del Sr. de Saligny, cuya prudencia, recto juicio y seguridad de información no cesaba de alabar, comprendía que la mejor manera de acallar anticipadamente todas las críticas sería no hacer concesiones, sino triunfar. Si alguna duda subsistía en el fondo de las almas acerca de la sabiduría de sus planes, el éxito haría que se restableciera la unidad en torno suyo; si lograba un pronto y brillante desquite, aquella sombra de desaprobación se desvanecería.

A esta preocupación debe atribuirse la actividad que Napoleón desplegó durante aquel período y que contrasta con la fatigada indiferencia en que se sumió más adelante. Su correspondencia con el ministro de la Guerra atestigua su incesante solicitud: inmediatamente se adoptan las medidas necesarias para enviar á México no ya algunos batallones aislados, sino un cuerpo de ejército, y el emperador pone gran empeño en atender personalmente no sólo al conjunto, sino también á los detalles. Aunque es peligroso el desembarco de tropas en plena estación del vómito, escribe para apresurar los primeros embarques; indica los efectivos, añadiendo que «es preciso aumentarlos más bien que disminuirlos;» se preocupa de las resistencias que pudieran encontrar las primeras columnas en su ascenso hacia Orizaba; vuelve sobre las órdenes dadas, ya para completarlas, ya para modificarlas, y delante de un mapa de México, el único bueno, según parece, que pudo encontrarse en Francia, juzga las últimas operaciones militares, «que han sido dirigidas, dice, de un modo deplorable»

VIII

El día 8 de mayo Lorencez había abandonado su campamento delante de Puebla, comenzando entonces una retirada entristecida por el recuerdo de la derrota, nublada por la magnitud de las pérdidas y angustiada por la proximidad del enemigo. Los soldados caminaban lentamente por miedo á una emboscada y también para evitar las sacudidas dolorosas á los heridos que con las tropas iban. En los altos, los médicos hacían las curas en tanto que los hombres válidos descansaban silenciosamente en torno de los pabellones de fusiles, sin ninguno de esos ruidos alegres que generalmente animan los vivaques. De cuando en cuando la aparición de algunos jinetes mexicanos servía de aviso para aumentar la vigilancia; sin embargo, aquellos exploradores desaparecían sin que se presentara ninguna fuerza importante, ¡tan grande era la fama de nuestro valor aun en medio de la derrota! Aquella tristeza no iba acompañada del menor desaliento, ni siquiera de una murmuración; no se oía una queja poco viril contra la adversa suerte; no se observaba la más mínima relajación de la disciplina; no se escuchaba la más pequeña recriminación de los soldados contra los jefes, y éstos mandaban con una calma y una firmeza que tranquilizaban. Por la noche nadie faltaba á la lista, y la principal preocupación era no dejar atrás ni un hombre, ni un cañón, ni un arma, en una palabra, nada que en manos del enemigo fuera prenda de victoria ó trofeo. Aquella sangre fría se vigorizaba por un sentimiento unánime, el de que de la energía de todos había de nacer la seguridad de cada uno. Cuando las tropas comenzaron á descender de la meseta del Anahuac redobláronse las precauciones, porque era general la creencia de que el enemigo nos esperaba en el paso de las Cumbres; pero la presencia de éste sólo se reveló por algunas zanjas abiertas en el camino y por numerosos árboles derribados, débiles obstáculos que fué fácil salvar. El único ataque que intentaron los juaristas fué contra los contingentes de Marquez que trataban de unirse á nosotros al través de los caminos de montaña; pero la intervención del 99.º de línea salvó á nuestros auxiliares mexicanos, y aquel combate, conocido en los boletines de la guerra con el nombre de combate de la *Barranca Seca*, fué un primer desquite, después de la derrota del 5 de mayo.

El 18 de mayo el cuerpo expedicionario llegó á Orizaba, que, equidistante de Puebla y de Veracruz y provista de hospitales y almacenes, había de ser nuestra segunda base de operaciones. Allí acabó la retirada, la *retirada de los seis mil*, según se la denominó posteriormente; allí estaba el término de la marcha, pero no el de las dificultades y de los peligros. El pequeño ejército regresaba disminuido á consecuencia de la lucha y aún iría disminuyendo sin cesar, ya por efecto de las enfermedades, ya por las múltiples causas que poco á poco reducen los efectivos aun de las mejores tropas. ¿Cuándo llegarían los socorros de Francia? Se ignoraba. En el entretanto, la única ayuda sería la de los contingentes indígenas que, compuestos en su mayor parte de antiguos desertores del ejército liberal, seguramente buscarían en la primera alarma ocasión de desertar de nuevo. Era indudable que los juaristas no tardarían en

(1) Cartas del emperador al mariscal Randón, 14, 24, 29 de junio, 3, 4 de julio, 6 de agosto de 1862 (*Mémoires du maréchal Randón*, tomo II, págs. 63-75).—*Pièces inédites*, etc.

aproximarse; en campo raso no inspiraban temor alguno, pero en una guerra de escaramuzas podrían causar graves daños. Ya se presentaba un gran apuro, el de los aprovisionamientos: de la meseta del Anahuac nada podría sacarse, pues los mexicanos ejercían rigurosa vigilancia; y por el lado de Veracruz las dificultades habían de ser grandísimas, porque nuestros convoyes habrían de estar expuestos á las lluvias que pondrían intransitables los caminos, á las fiebres que ocasionarían bajas, y á las guerrillas que, de improviso, asaltarían los carros, matarían á sus conductores y robarían los víveres. Algunos días después, el 10 de junio, una caravana de veinte vehículos, escoltada por una treintena de jinetes, fué atacada cerca del arroyo Seco, á pocas leguas de Veracruz, no salvándose más que un oficial del tren y un soldado, pues todos los demás perecieron.

A todas estas causas de preocupación agregábanse lamentables disensiones, no de índole militar (pues nunca estuvo el ejército más unido), sino de orden político. Después de la derrota del 5 de mayo el general en jefe se había separado súbitamente del Sr. de Saligny, cuyos falsos informes, decía, habíanle inducido á fatales errores, y llevando al extremo su cambio de actitud, había roto toda relación con él y en sus conversaciones privadas y hasta en sus órdenes del día intentaba arrojar sobre la legación de Francia la responsabilidad de nuestro fracaso; y de este mismo disfavor era objeto Almonte, bien injustamente por cierto. El ejército, en parte por espíritu de cuerpo y en parte por el aprecio que el carácter del general le inspiraba, hizo suya con mucho calor la queja de su jefe, y los oficiales procuraban á porfía evitar el trato del Sr. de Saligny ó reducir las relaciones con él á lo más estrictamente necesario. En cambio Lorencez con sus acusaciones había de enajenarse de una manera definitiva la gracia del emperador, dispuesto á perdonar la derrota, pero no el mal proceder con el ministro de Francia, fiel intérprete hasta entonces de sus pensamientos.

El día 10 de junio presentóse en Orizaba el general Douay, designado para el cargo de segundo jefe del cuerpo expedicionario, el cual llegó con una escolta de unos 150 hombres y después de haber visto morir de las fiebres, al atravesar las *tierras calientes*, á su oficial de órdenes y á su edecán. Las noticias que traía de Francia eran ya algo viejas; en cambio pudo hablar extensamente de Veracruz, de donde acababa de salir: el estado de la desgraciada ciudad era lamentable; la guarnición se componía escasamente de 500 hombres pertenecientes á diversos cuerpos y, por ende, sin gran cohesión; y los jefes de las guerrillas mexicanas, informados por amigos seguros, se envalentonaban hasta el punto de hacer avanzar á sus hombres hasta las inmediaciones de la plaza, tanto que un día habían disparado sus fusiles contra los centinelas, huyendo luego con presteza y librándose gracias á éstos del castigo. Estas temeridades no eran cosa corriente, pero sí lo eran las incursiones que detenían los convoyes, interceptaban los despachos, sorprendían los destacamentos y asesinaban á los soldados aislados; y aunque estaba en vías de formación una contra-guerrilla al mando de un ingeniero suizo, el Sr. Stocklin, necesitaríase algún tiempo para que pudiera funcionar. El mal peor era el vómito que diezmaba cruelmente á las tropas de tierra y no respetaba

á las tripulaciones de la escuadra, habiendo ocasionado ya cerca de ciento ochenta defunciones entre los soldados, gendarmes y marineros. A todas estas causas de desaliento uníase la hostilidad de la población civil que atribuía todos sus males á la intervención; y aun se decía que los comerciantes compraban la protección de las guerrillas á fin de hacer llegar al interior algo de su comercio. Este sentimiento de animadversión hacia los nuestros era general hasta entre los mismos residentes franceses, más espantados que contentos de vernos, y que ya calculaban de qué represalias serían víctimas si por acaso fracasaba nuestra empresa.

En Orizaba ya tenían bastante con sus propias preocupaciones para entretenerse pensando en los sufrimientos de Veracruz. Los jefes enemigos no ignoraban ninguno de nuestros apuros, y habiéndose enterado de la ruptura entre Lorencez y el Sr. de Saligny, resolvieron aprovecharse de ella é invitaron al general á negociar con ellos directamente; mas fracasada esta tentativa, acercáronse á la ciudad como si quisieran ponerle sitio. Lorencez, comprendiendo la necesidad de concentrar todas sus fuerzas en Orizaba, llamó al 99.º de línea que vivaqueaba en Ingenio, á dos leguas al Oeste, y en previsión de un ataque, apresuróse á terminar ciertas obras de barricadas que estaban ya empezadas. Los mexicanos avanzaban, pero tímidamente, pues su táctica era evitar todo combate general, en el que sin duda alguna habrían sucumbido; en cambio, confiados en su conocimiento perfecto del país, intentarían seguramente alguna sorpresa que obligara á los franceses á emprender una nueva retirada. Sus esperanzas, sin embargo, debían convertirse en decepción cruel, porque una de aquellas tentativas determinó, según veremos, una de las acciones más gloriosas de la campaña.

La carretera que de Puebla conduce á Orizaba corre, antes de entrar en esta última ciudad, por un estrecho desfiladero encerrado entre dos altas colinas: la de la derecha es el *Cerro de San Cristóbal* y la de la izquierda el *Cerro Borrego*, montaña rocosa, cubierta de maleza y de lentiscos, que alzándose 350 metros por encima de Orizaba, domina esta plaza por completo. El general de Lorencez había hecho construir en la desembocadura de la carretera, cerca de la oficina de consumos, varias obras de tierra guarnecidas de artillería, con lo cual se creyó seguro contra toda agresión, pues aquel camino era, en su concepto, el único por donde pudiera venir el enemigo procedente de Puebla. Por lo que toca al Cerro Borrego, habíase abstenido de ocuparlo, creyendo que era de todo punto inaccesible para un ejército. Pero en esto se equivocaba, á lo menos en parte; porque aquel monte, casi cortado á pico en su vertiente meridional, descende en pendiente bastante suave en su vertiente septentrional que desgraciadamente no había sido explorada ó lo había sido de una manera imperfecta. El día 13 de junio el enemigo, mejor instruido que nosotros del estado de los lugares, y ocultándose entre las espesuras, dió vuelta á la montaña por el lado Norte y luego, á favor de la noche, llegó á ocupar las crestas del cerro y hasta á instalar en ellas tres obuses. Desde aquella posición dominante podría tomarse en cualquier momento la ciudad, y siendo ésta de imposible defensa, los franceses se verían obligados á replegarse hacia Córdoba y quizás á descender de

nuevo á las *tierras calientes*; así lo esperaban los mexicanos. En el entretanto, un destacamento del 99.º de línea vivaqueaba cerca de la barrera de los consumos, pero las avanzadas se limitaban á vigilar las inmediaciones de la carretera, pues toda otra vigilancia se consideraba superflua. Era cerca de media noche cuando una pobre mujer creyó oír un rumor extraño y como un ruido de armas que descendía del monte; inmediatamente dió el alerta á uno de los oficiales, el cual apresuróse á avisar al coronel L'heriller, que entonces estaba enfermo. El aviso era grave, pues si realmente la montaña estaba ocupada, la salvación del ejército podía verse comprometida; no había, por consiguiente, que perder un instante y era preciso aprovechar las tres ó cuatro horas que quedaban de noche para asaltar de improviso al enemigo y precipitarlo cerro abajo. L'heriller tenía á mano una compañía mandada por un capitán joven, recientemente promovido y dotado de un vigor inquebrantable, el capitán Detrie, y á éste confió aquella operación. La pendiente era tan rápida por aquel lado que en determinados puntos apenas podía estarse en pie; pero los soldados, agarrándose á las hierbas, á los matorrales y á las anfractuosidades de las rocas, lograron, á costa de esfuerzos inauditos, llegar á un terraplén situado á 150 metros de altitud y que forma como el primer piso de la montaña, y allí hicieron alto guardando el más profundo silencio, pues el éxito dependía de la sorpresa. Al mismo tiempo L'heriller hizo avanzar, al mando del capitán Leclere, una segunda compañía que había de ir en seguimiento de la primera y debía, en caso necesario, apoyarla. Después de un corto descanso, los soldados de Detrie se animaron para un nuevo esfuerzo y en medio de las tinieblas escalaron el resto del cerro; pero cuando iban á llegar á la cumbre fueron descubiertos y una descarga de los mexicanos, poco mortífera á causa de la obscuridad, inició el combate. Los nuestros, que aún no habían terminado su ascensión, trataron de agruparse y lanzándose á la bayoneta avanzaron por espacio de una hora conquistando el terreno palmo á palmo y consiguiendo arrojar al fondo del torrente los tres obuses del enemigo. Mas en vista de que las fuerzas de éste aumentaban incesantemente, Detrie emboscó sus hombres en espera de socorro. En la ladera de la montaña se oyó subir la segunda compañía, y aunque el refuerzo era pequeño, bastó para reanimar el combate, así es que la lucha por un instante suspendida reanudóse con encarnizamiento. Los mexicanos, sorprendidos mientras dormían, estupefactos ante aquella aparición fantástica, fusilados á quema ropa ó alcanzados por las bayonetas, figuráronse tener delante una parte del ejército, y después de haber rechazado varios ataques se turbaron, perdieron ánimo y abandonaron su posición á la desbandada. A los primeros resplandores del alba vióseles bajar desordenadamente por los declives del cerro, y poco después, cuando la luz del día alumbró toda la montaña, pudo comprenderse la magnitud del peligro que nuestras tropas acababan de correr y la audaz energía gracias á la cual aquel peligro se había evitado. En el campo de batalla yacían, muertos ó heridos: 250 mexicanos y otros 200 habían caído prisioneros; por nuestra parte habíamos tenido unos 30 hombres fuera de combate: 140 soldados, triunfando de los obstáculos naturales y de la su-

perioridad numérica del enemigo, habían sorprendido y derrotado á cerca de 2.000 hombres. Detrie regresó al campamento ligeramente herido, con el uniforme acribillado de balazos y empuñando todavía el revólver que había usado durante el combate; y aunque hacía apenas quince días que era capitán, fué inmediatamente nombrado comandante. El recuerdo de aquel hecho de armas, por muy pocos sobrepujado, consérvase todavía piadosamente en los anales del 99.º de línea, lo propio que en la memoria de todos los sobrevivientes.

La victoria ensanchaba el círculo dentro del cual nos movíamos, pero no nos proporcionaba más que una seguridad corta y precaria, pues dejaba en pie todos los apuros del general en jefe, cada vez más crueles y apremiantes. La mayor de todas las dificultades era la conservación de las comunicaciones con Veracruz, porque lo reducido de los efectivos y la insalubridad de las tierras calientes no permitían multiplicar en el camino las guarniciones y los puestos permanentes, y en cuanto á los auxiliares mexicanos, Marquez declaraba que desertarían en masa si se intentaba dejarlos en las regiones infestadas por el vómito. Los convoyes de víveres y de municiones, como no podían ser debidamente protegidos, eran detenidos por las guerrillas ó no llegaban á su destino sino después de inauditos esfuerzos. De aquí la penuria de víveres que afligió al cuerpo expedicionario encerrado en Orizaba: por la parte del Anahuac, los mexicanos interceptaban todos los envíos, y si por el lado Oeste conseguían igual resultado, nuestros soldados se habían de ver obligados á luchar no ya para vencer, sino para no morir de hambre; este era el temor que obsesionaba á Lorencez. Desde el 25 de junio redújose la ración de pan á 500 gramos; también escaseaban la cebada y la avena para los caballos, á los que muy pronto hubo que alimentar con cañas de azúcar verdes. El 21 de julio llegó un convoy de harina, pero las necesidades de los hombres que lo escoltaban habían absorbido una parte del aprovisionamiento, de suerte que apenas quedaba asegurada la subsistencia por veinte días. Por fortuna el ánimo de las tropas estaba á la altura de estos contratiempos y de estas privaciones: el valor que las había fortalecido en la peligrosa retirada de Puebla sostúvolas también en el enervante alto de Orizaba, dando pruebas de la misma paciencia, de la misma sangre fría y de la misma fecundidad de recursos para suplir todo lo que faltaba, y esperando sobre todo con igual confianza el socorro de Francia. Por fin llegó á nuestro campo, á principios de agosto, un indio que había podido escapar á las guerrillas y que era portador de un despacho cifrado, que anunciaba el próximo desembarco de los refuerzos.

En efecto, algunos días después el *Eylau*, el *Imperial* y el *Finisterre* desembarcaban en Veracruz dos batallones del primero de zuavos y un escuadrón de cazadores de Africa al mando del coronel Brincourt, que constituían la vanguardia del general Forey. Los recién llegados se vieron sometidos desde el primer momento á todas las duras pruebas de la vida de campaña: apenas desembarcados, víéronse atacados por la fiebre amarilla, que entonces estaba en su apogeo, y muchos de ellos murieron á poco de tocar en tierra; además, mientras atravesaban las tierras calientes, hubieron de arrostrar no sólo las fiebres, que no les dejaban, sino además las

dificultades de los caminos llenos de profundos baches, las lluvias torrenciales y los enervantes calores de las regiones de los trópicos. Las guerrillas mexicanas observaban las columnas, pero á distancia, sin osar atacarlas, y se limitaban á espiar los carros rezagados, reduciéndose su botín á una veintena de mulas. Nuestros soldados, tranquilizados ya por su número y por su actitud marcial, encontraban durante la marcha las huellas de las depredaciones y de los saqueos de que habían sido víctimas los convoyes precedentes, y en varias ocasiones vieron cuerpos ya en descomposición y que se balanceaban en los árboles; eran los cadáveres de infelices indios que, por el cebo de una fuerte recompensa, habían consentido en llevar desde Veracruz al cuartel general de Lorencez despachos que arrollaban dentro de cigarrillos, y que, sorprendidos por los mexicanos, habían sufrido aquel castigo sumario por lo que éstos consideraban como una traición. Estos primeros espectáculos que México ofrecía oprimían el corazón y se necesitaba toda la indiferencia habitual en los soldados para que por la noche renaciera la alegría en los vivaques. Al llegar á orillas de una corriente llamada el *Jamapa*, las cabezas de columna encontraron incendiado el puente y el río tan crecido á consecuencia de las lluvias que era imposible franquearlo. Por una feliz casualidad vivaqueaba en la margen opuesta otro destacamento de zuavos, del segundo regimiento, que caminando en sentido contrario para ir á Veracruz en busca de un convoy, había sido también detenido por las aguas. Los soldados y los oficiales de ambas orillas se reconocieron, y contentos de este encuentro á tanta distancia de la patria, cruzaron entre sí algunas bromas y recuerdos de la vida de guarnición de Orán y de Coleah. A ratos, el ruido del torrente que se despeñaba con toda su furia, dominaba aquel extraño coloquio. Pero lo que urgía era salvar el obstáculo; y habiendo tenido aquellos hombres la suerte de encontrar una vieja piragua, un soldado del primero de zuavos, con desprecio del peligro, confiése á la frágil embarcación y después de inauditos esfuerzos logró llevar una cuerda de una orilla á otra y de esta suerte se instaló una especie de balsa que permitió el paso de las tropas. Después las dos columnas se separaron, dirigiéndose una á Veracruz y otra á las mesetas. A mediados de septiembre el segundo de zuavos se reunió con el cuerpo de Lorencez y en verdad que había pagado cruelmente el derecho de llegar al campo de batalla, pues con un efectivo de 1.500 hombres llevaba 350 enfermos. Los defensores de Orizaba, poseídos de la natural alegría, aclamaron á los que acudían á salvarles y aun les hacían presagiar la reanudación de las operaciones ofensivas. Lorencez, merced á estos refuerzos, pudo extenderse algo más, ocupó nuevamente Ingenio y fortificó sus puestos del lado Este que la disminución del vómito había de hacer muy pronto menos peligrosos. Un mes después llegó Forey y desde aquel momento todos pensaron en el próximo desquite.

El pequeño cuerpo expedicionario de los primeros días iba á fundirse en el ejército, que desde entonces vería aumentado su contingente. Sólo un hombre había de desaparecer, el que había tenido la desgracia de equivocarse y de ser vencido. Después de la derrota de Puebla, Lorencez había recibido del emperador un despacho oficial muy benévolo para él y para sus soldados;

pero á este testimonio ostensible iba unida una carta del ministro de la Guerra escrita por orden de Napoleón y que expresaba sentimientos muy diferentes: el soberano censuraba en ella las disposiciones adoptadas para el ataque, se lamentaba de la ruptura con Saligny y con Almonte y ordenaba que se guardara una actitud completamente pasiva hasta la llegada de los refuerzos. El general, persuadido de que había perdido la confianza del emperador, había solicitado licencia, y así que llegó Forey, tuvo prisa por abandonar el ejército. Las tropas sintieron el alejamiento del general que al principio tan pocas simpatías había despertado; pues con el tiempo habían puesto afecto en aquel jefe tan frío, tan poco comunicativo, pero que aun en los instantes más críticos había sabido mantener la disciplina y la obediencia. Aun los que con más severidad juzgaban los talentos del general no podían menos de ensalzar las cualidades del soldado; pero, aparte de esto, todas las muestras de deferencia á Lorencez eran una protesta contra el Sr. de Saligny, á quien todo el mundo acusaba de haber engañado al emperador. Animados de estos sentimientos, oficiales y soldados se dedicaron á suavizar con toda clase de demostraciones la desgracia del jefe que partía. El 10 de noviembre embarcábase para Francia el ex comandante del cuerpo expedicionario, cuya suerte era semejante á la de Jurién de la Graviere, á quien en otro tiempo, en los días de credulidad y de infatuación, había juzgado demasiado tímido y demasiado accesible al temor. Lorencez era, después del vicealmirante Jurién, la segunda víctima de México.

IX

A fines de 1862, el ejército de Forey se componía de dos grandes divisiones: la primera estaba mandada por el general Bazaine; la segunda, en la que se había fundido la antigua brigada Lorencez, estaba confiada al general Douay. A este cuerpo iba unida una brigada de caballería á las órdenes del general Mirandol; además el general en jefe podía disponer de un regimiento de infantería de marina y de un batallón de marinos fusileros. El efectivo total de las tropas enviadas de Europa, primero con el almirante Jurién, luego con el general Lorencez y finalmente después de la derrota de Puebla, elevábase á unos 31.000 hombres; pero de esta cifra había que rebajar las pérdidas causadas por las balas ó por las enfermedades, y además un número bastante considerable de soldados que habían resistido la fiebre amarilla ú otras afecciones, hallábanse demasiado débiles para prestar servicios de guerra y habrían de ser repatriados. Deducidas estas bajas, podía calcularse en 27.000 hombres el contingente del cuerpo expedicionario.

Parecía natural, disponiendo de tantas fuerzas, que el ejército sin pérdida de momento marchase sobre Puebla; contemporizar era prolongar el descrédito moral de nuestra derrota, enfriar á nuestros partidarios y sobre todo dejar al enemigo que fortificara á su placer la plaza. Esto no obstante, diversas causas habían de retrasar aún durante varios meses la reanudación de las operaciones defensivas.

Uno de los principales motivos de aplazamiento era la disposición de ánimo del propio general en jefe. Fo-

rey, ya un tanto entorpecido por el peso de los años, ajeno hasta entonces á la política, buen militar más que inteligencia fecunda en recursos, encontrábase de repente metido en una empresa muy poco á propósito para su edad y para sus aptitudes, y desde que desembarcó tuvo una especie de visión algo confusa, pero espantosa, de todas las dificultades que México le tenía reservadas. Después, en el trayecto de Veracruz á las mesetas, había visto caer en torno suyo, heridos por el vómito ó por otras fiebres, á la mayoría de los cazadores de á pie que formaban su escolta. De un efectivo de 515 hombres, 175 habían debido quedarse por enfermos en la ambulancia de la Soledad, y al llegar á Orizaba el batallón contaba sólo 10 hombres enteramente válidos, 112 apenas podían andar, 70 eran conducidos en carros y en mulos y los demás habían muerto ó estaban en los hospitales (1). Después de semejante comienzo, ¡cuántos no serían los desengaños! En Orizaba, el mismo Sr. de Saligny, el hombre de confianza del emperador, aquel cuyo consejo era lo primero á que debía atenderse, usaba de cuando en cuando un lenguaje menos optimista, y en sus momentos de íntima expansión, convenía en que la empresa sería larga y difícil, y en que la ocupación francesa habría de durar por lo menos cinco ó seis años; así se lo manifestaba cierto día á uno de nuestros oficiales de estado mayor (2). ¡Qué diferencia entre esta confesión y las presuntuosas seguridades que se propalaban en París! La principal preocupación de Forey era no imitar á Lorencez: éste se había precipitado, había avanzado demasiado á prisa, había omitido el tomar los debidos informes previos y había atacado Puebla desde demasiado lejos; por esto mereció las censuras del emperador. Forey se había penetrado de estas enseñanzas, pero exagerándolas; de suerte que era de temer que la expedición que antes había fracasado por temeridad fracasara ahora por contemporización.

Las mismas instrucciones que llevaba el general en jefe eran más propias para prolongar sus incertidumbres que para servirle de guía, pues concebidas bajo el imperio de las ilusiones que en las Tullerías reinaban, pretendían conciliar toda clase de cosas inconciliables. Forey estaba autorizado para dar á conocer las predilecciones de Francia por el régimen monárquico y aun para indicar el monarca, pero debía guardarse de imponer nada á la nación mexicana; no había de intervenir en ninguna contienda de partido, pero debía acoger con la mayor benevolencia á Almonte y á sus amigos; no había de desperdiciar ninguna ocasión de mostrar su deferencia al clero, pero debía poner el mismo cuidado en tranquilizar á los detentadores de bienes eclesiásticos; y para el caso de que hubieran de librarse combates, el emperador recomendaba que se confiara en ellos el primer papel á los auxiliares mexicanos, lo cual habría equivalido las más de las veces á comprometer el éxito. En cuanto á las operaciones militares propiamente dichas, el soberano se limitaba á repetir las críticas ya dirigidas al general Lorencez y á recomendar al nuevo general en jefe «que procediera con una mezcla hábil de audacia y de prudencia.» Provisto de instruc-

(1) Véase Niox, *Expédition du Mexique*, págs. 209-210.

(2) Carta del jefe de escuadrón B*** al general de Martimprey, 27 de diciembre de 1862 (*Correspondance inédite*).

ciones para dos fines, redactadas así para la paz como para la guerra, Forey imitó naturalmente á los comisionados aliados que en otro tiempo desembarcaran en Veracruz, y como ellos inauguró su mando con un manifiesto á los mexicanos. Mas no contento con esto, publicó una segunda proclama que era una repetición de la primera, aunque hecha en términos poco hábiles. Esta prolijidad desagradó en París, y el gobierno, que había aprobado la primera alocución, censuró la segunda y recomendó sobre todo al general que se abstuviese de publicar una tercera. En el entretanto, Saragoza, que acababa de fallecer, había sido reemplazado en el mando del ejército liberal por Ortega; y así como aquél había intentado seducir á Lorencez, Forey se hizo la ilusión de atraer á Ortega á su causa; pero su insinuación fué rechazada de un modo cortés aunque formal, y así terminó el año 1862.

El nuevo general en jefe buscaba en consideraciones de orden administrativo ó militar motivos más serios para aplazar la acción decisiva: faltaban medios de transporte y acémilas, por lo que había sido preciso enviar á Nueva Orleans, á Nueva York y á Cuba funcionarios de la intendencia para que compraran vehículos y mulos; durante la travesía habían muerto un gran número de caballos y era necesario substituirlos lo más pronto posible; y por otra parte, el servicio de aprovisionamientos continuaba ofreciendo grandes dificultades. Antes de ir más lejos, convenía pacificar toda la región de Veracruz y asegurar las comunicaciones entre esta ciudad y Orizaba; de aquí varias expediciones que dieron lugar á pequeños combates. Era de temer, sin embargo, la reaparición de las guerrillas cuando nuestras columnas se hubieran internado en el país. Hemos visto ya que se había creado una contraguerrilla mandada por el Sr. Stoecklin; pero Forey resolvió refundir este cuerpo y aumentarlo, dando el mando del mismo á un coronel del ejército francés, el coronel Dupin, militar emprendedor, pero de moralidad deplorable, que para combatir más eficazmente lo que él denominaba bandolerismo, recurría á las más detestables prácticas de sus propios adversarios.

Mientras el general en jefe se entretenía en todos estos cuidados, el ejército, unas veces inactivo y otras empleado en operaciones secundarias, perdía energías en tan larga espera. Entre los recién llegados reinaban cierto descontento y cierta decepción: habían salido de Francia con la esperanza de ser calurosamente recibidos, y las aclamaciones escaseaban; y se habían hecho la ilusión de desembarcar en uno de los países más hermosos del mundo, y de aquel México admirable sólo habían visto por de pronto las *tierras calientes*. El aspecto de los soldados de Marquez, de miserable apariencia aun siendo los mejores del ejército reaccionario, acabó de completar el desencanto. «Me temo que hemos caído en el garlito,» escribía uno. «Necesitaría volúmenes enteros, decía otro, para expresar todo el mal que pienso de este país.» Todos se complacían en echar sobre el Sr. de Saligny la responsabilidad de tantas dificultades, y los compañeros de Forey, al igual que habían hecho los de Lorencez, le acusaban de haber engañado al emperador. Los oficiales, obedeciendo las órdenes del general en jefe, visitaron al ministro de Francia; pero de común acuerdo escogían la hora en